

profundidad y candor de sus creencias en cien y cien himnos la gratitud y admiración de los pueblos cristianos. Quebrantada así, como inevitable consecuencia de los grandes hechos de la reconquista, la antigua unidad del canto religioso, cundía á tal punto la libertad en esta parte de la liturgia, que demás del primitivo *Hispano-latino-visigodo*, en todas partes respetado, poseyó cada diócesi y cada ciudad, cada parroquia y cada monasterio, desde las vertientes orientales del Pirineo á las postreras costas de Galicia, diverso himnario, que enriquecido por las más variadas inspiraciones, reflejaba como en clarísimo espejo, revelando vivamente las creencias y las esperanzas, acariciadas en una y otra comarca, aquel estado de incertidumbre y de angustia, en que sólo predomina el esfuerzo individual, que precediendo á la conquista de Toledo, tenía significativa personificación en los fueros municipales ¹.

Dos ideas fundamentales servían no obstante de vínculo á la poesía sagrada, como servían de indestructible lazo á la política, estableciendo su unidad sobre más sólidas bases que la prescripción material del IV concilio: gemía la Península bajo el yugo del

¹ Digno es de advertirse que por una singular coincidencia, nacida del mismo proceso de la reconquista, existe entre los *fueros municipales* y los *himnos locales* la más estrecha semejanza de fines, representando bajo diverso aspecto el mismo estado de cultura. Hijos los *fueros* del extraordinario progreso de la reconquista, al extenderse desde principios del siglo X en dilatadas comarcas, de Oriente á Occidente, acuden á satisfacer parcialmente la necesidad de la defensa del territorio que se vá nuevamente poblando, respondiendo á la necesidad superior de la defensa de la patria: fruto los *himnos locales* de aquel necesario fraccionamiento, interpretan y satisfacen los sentimientos que evoca la devoción á cada paso de la reconquista, al hallar consagrados, con una tradición piadosa ó una maravillosa aparición, los mismos lugares que rescata el acero y reivindica el patriotismo, correspondiendo al universal, y cada día más poderoso sentimiento de la religión, que constituía uno de los más firmes polos de la civilización española. No es pues maravilla que al fijar nuestras miradas en lo que son y representan los expresados himnos, descubramos claramente relación tan importante con los indicados fueros, que tan estrecha armonía determinan entre los elementos sociales y los elementos de cultura intelectual, atesorados y elaborados en nuestro suelo.

Islam, y había lanzado para sacudirlo noble grito de guerra en nombre de la religión y de la patria; y dominada por este doble sentimiento, según dejamos ya advertido, ningún elemento de vida podía abrigar la sociedad española que no se encaminara al triunfo de una y otra. Alimentáronse pues los himnos religiosos de aquel mismo espíritu; y fecundando en medio de su prodigiosa variedad tan elevadas ideas, buscaron en el cielo dos poderosos intereses, que vinieran al mundo á personificarlas. La idea pacífica y consoladora de la religión, acogióse á la Madre de Jesús, fuente inagotable de piedad y símbolo de amor inefable; y tomando mil apacibles formas, ensalzó en innumerables cánticos el nombre de María: la idea de la patria, encendida por los grandes peligros y victorias del pueblo cristiano, fijóse en el antiguo patron de las Españas, cuyo sepulcro era venerado en Compostela desde el reinado de don Alfonso el Casto; y mientras le tomaban los ejércitos por capitán y adalid contra la morisma ¹, celebrábale la Iglesia en multiplicados himnos, en que pintando sus milagrosas apariciones, mostrábase animada de aquel mismo ardor bélico, que resplandecía en medio de los campamentos.

¹ Es de suma importancia para comprender el profundo respeto y la acendrada fé con que los cristianos aceptaban la mediación de Santiago en los combates y empresas guerreras, el recordar entre otros pasajes de los primitivos cronicones, la relación del milagro, acaecido á tiempo en que Fernando I tenía cercada á Coimbra. Venido á Compostela un peregrino griego (grecus ut credo, dice el Silense), é iniciado algún tanto en el habla vulgar, oyó á los naturales apellidar al apóstol patron y caudillo de sus huestes. Negó el peregrino, no sólo que Santiago hubiera sido militar (equitem), sino que hubiese cabalgado; pero llegada la noche, y con ella la hora de la oración, «peregrinus subito in extasi raptus, ei apostolus Iacobus, velut quasdam claves in manu tenens apparuit, eumque alacri vultu alloquens, ait: «Heri, pia vota precantium deridens, credebas me strenuissimum militem nunquam fuisse:» Et haec dicens, allatus est magnae staturae equus splendidissimus ante fores Ecclesiae, cuius nivea claritas totam, apertis portis, perlustrabat Ecclesiam. Quem apostolus ascendens, ostentis clavibus, peregrino innotuit Conimbriam civitatem Fernando Regi in christianum circa tertiam horam se daturam» (núm. LXXXIX). Coimbra se entregó á Fernando I, el peregrino vió con asombro vencida su incredulidad, y el pueblo cristiano se fortaleció con este milagro en la devoción de Santiago, que personificaba por último en el grito de guerra nacional, transmitido hasta nuestros días.

Eran ambas manifestaciones de la poesía sagrada generales en los dominios de la Cruz, como que recibían en todos igual culto la inmaculada pureza de María y la protectora intercesión de Santiago; pero si en todas partes resonaba el templo con aquellas alabanzas, que parecían coronar el edificio de la piedad cristiana, en todas ofrecían también el más peregrino contraste los himnos consagrados á uno y otro objeto, contraste hijo en verdad de la diferente naturaleza que los inspiraba. Apacibles, dulces y delicados los unos, elevaban el espíritu por senda matizada de flores á las consoladoras regiones de la esperanza: ardientes, vigorosos y arrebatados los otros, exaltaban el patriotismo de la muchedumbre con el fuego de la creencia, y santificaban el valor heroico que abatía en cien combates los estandartes sarracenos. Medianera entre Dios y los hombres, veía la Iglesia á la Virgen María como eficazísima abogada, y llena de fé en su maternal protección, saludábala con estos ó análogos acentos:

Tu parvi et magni,
 Leonis et agni,
 Saluatoris Xristi
 Templum excicisti,
 Sed Virgo intacta.
 Tu roris et floris,
 Panis et pastoris,
 Virginum regina,
 Rosa sine spina,
 Genitrix est facta.
 Tu ciuitas regis iusticie,
 Tu mater es misericordie;
 De lacu fecis et miserie
 Teophilum reformas gracie.
 Te celestis collaudat curia,
 Que es Dei mater et filia:
 Per te reis donatur uenia,
 Per te bonis fulget gloria.
 Virgo, maris stella,
 Verbi Dei cella,
 Et solis aurora:
 Paradisi porta,
 Ex qua lux est orta,
 Natum tuum ora.

Esta dulcísima plegaria, mil y mil veces entonada ante los altares ¹, iba á resonar en la lira de los poetas de Castilla, transmitiéndose de generación en generación á las edades modernas: Gonzalo de Berceo y don Alfonso el Sabio en el siglo XIII, Juan Ruiz y Pero Lopez de Ayala en el XIV, Alfonso Alvarez de Villasandino, el Marqués de Santillana y Fernan Perez de Guzman en el XV, repetían en el mundo aquellos simpáticos y amorosos cantares, que hallaban misterioso eco en el pecho de fray Luis de Leon y de San Juan de la Cruz, conmoviendo la musa varonil de Calderon y derramando paz y consuelo en medio de las tribulaciones que afligieron á nuestros padres y todavía nos afligen. Faro constante de amor y de esperanza, amparo y refugio de tristes y menesterosos, fué pues la dulce Madre del Salvador inagotable fuente de inspiraciones, descubierta á la grey cristiana por la cariñosa solicitud de la Iglesia, quien al mismo tiempo que hacia resonar las bóvedas del templo con aquellas tiernas plegarias, enseñaba á modular los heroicos acentos, con que solemnizaba la intervención del Apóstol en las victoriosas lides contra los mahometanos. Dirigiendo su voz al pueblo español, exclamaba:

Gaude, felix Hispania,
 Laetis exultans mentibus,
 Tui ducis solemnia
 Dignis cantando laudibus.
 Hic est ille magnificus
 Miles, potens certamine;
 Primus palma glorificus
 Apostolorum agmine ², etc.

¹ Los himnos á la Virgen son innumerables: hemos preferido este por la dulzura, con que está escrito, y por su autenticidad respetable. Véase por completo en la Ilustración I.^a núm. XXVIII y en la oportuna lámina su exactísimo facsimile.

² También son muchos los himnos de Santiago, y todos animados del mismo pensamiento. Tamayo de Salazar, cuya crítica sobradamente crédula ha desautorizado su *Martyrologium Hispanicum*, inserta algunos de estos cánticos, sobre cuya antigüedad no queda duda alguna, así por su espíritu como por la forma poética de que se revisten. Véase su tomo VI, pág. 610 y siguientes. Los que insertó Arévalo en su *Hymnodia* (págs. 244, 302 y 303) nos parecen más modernos.—Pero no solamente fué en España el apóstol

Personificados, dentro del templo, los dos sentimientos fundamentales del pueblo cristiano en aquellos multiplicados cánticos, donde reconoce la crítica los naturales progresos de las formas poéticas, tales como se iban derivando de siglo en siglo, ya respecto de la metrificación, ya de las rimas, hubo de ejercer este saludable ejemplo fuera del sagrado recinto la más activa y fructuosa influencia. El pueblo, á quien las no interrumpidas tradiciones de la Iglesia habían acostumbrado á tomar no pequeña parte en las ceremonias del culto ¹; y que acrisolado en la fé de sus mayores por tantas calamidades, atribuía siempre las victorias alcanzadas sobre los musulmanes á la Clemencia divina, y miraba todos sus desastres cual merecido castigo ², así como pro-

Santiago objeto de la poesía popular latina: extendida en toda la cristiandad la devoción que su sepulcro inspiraba, venían de todos los pueblos gran número de peregrinos á Compostela, los cuales alimentaban su entusiasmo con himnos de amor y de respeto, dirigidos al patron de España. Entre los que se conservan, debe citarse el *Canto de ultreya* (de peregrinación) conservado en la *Histoire litteraire de France* (tomo XXI): comienza así:

Ad honorem regis summi,
Qui condidit omnia,
Venerantes iuilemus
Iacobi magnalia:
De quo gaudent caeli cives
In suprema curia,
Cuius festa gloriosa
Meminit Ecclesia, etc.

Como notarán los lectores, tiene este himno el mismo movimiento que la mayor parte de los compuestos en aquellos siglos, constando de versos trocáicos y dímetros-yámbicos; observación que no conviene olvidar en los estudios que vamos haciendo.

¹ Véase el cap. X, último del anterior volumen, y sus Ilustraciones.

² Ya hemos visto repetidamente cómo toda victoria viene de la mano de Dios: comun es también, al narrarse en los cronicones coetáneos los desastres sufridos por los cristianos, el hallar la frase *peccatis exigentibus*, así como la de *volente divina Clementia*, para anunciar los triunfos. En la *Crónica latina* de Alfonso VII se dá más cuerpo á esta creencia, diciéndose por ejemplo, al referir la rota de Fraga, donde quedó muerto Alfonso el Batallador [1136]: «Peccatis exigentibus, orationes eorum non sunt exaudita ante Deum, quia Gabriel Archangelus, summus Nuntius Dei, non tulit eas ante tribunal Christi; neque Michael, Princeps militiae caelestis, missus est a Deo ut eos adiuvaret in bello» (núm. XXII). Y narrando los fracasos que en 1139 experimentaron los salmantinos, escribe: «Ter contigit eis ista, quia in suis viribus confidebant, non in Domino Deo, et ideo male perierunt» (núm. LV). Lo mismo se repite, antes y después, en todo género de documentos relativos á la reconquista.

curaba, al entrar en los combates, purificarse de sus pecados por medio de la penitencia, así también entonaba, obtenido ya el triunfo, fervoroso himno de gratitud, dictado exclusivamente por el sentimiento religioso.

Ni puede esto causarnos maravilla, cuando se repara en el fin dos veces santo de aquella guerra, y se comprende la especial organización de los ejércitos cristianos: llamado el clero á bendecir las armas de los paladines de la Cruz y á pelear también contra los sectarios de Mahoma, no solamente compartía con grandes y pequeños los trabajos y fatigas de los campamentos, sino que señalándose por su valor en mitad de las batallas, enaltecía y consagraba después con la autoridad de la religión su propia gloria, que era la gloria del cristianismo. Así, los que al salir de sus castillos y fortalezas contra los pendones sarracenos, llevaban delante de sus huestes las cruces de sus preladados, como segura prenda de victoria, tornaban á sus hogares, precedidos de aquellas veneradas señas, cantando al par las alabanzas del Hacedor Supremo, é inflamando á cuantos los escuchaban con el más noble entusiasmo patriótico ¹: así, estrechados con nuevos vínculos

ret in bello» (núm. XXII). Y narrando los fracasos que en 1139 experimentaron los salmantinos, escribe: «Ter contigit eis ista, quia in suis viribus confidebant, non in Domino Deo, et ideo male perierunt» (núm. LV). Lo mismo se repite, antes y después, en todo género de documentos relativos á la reconquista.

¹ Entre otros documentos que pudiéramos citar aquí, comprueba la ya indicada *Crónica* de Alfonso VII todos estos asertos con la relación de los hechos siguientes: hablando de la victoria de Almonte (Almout), escribe: «Christiani acceperunt aurum multum et argentum et equos et mulos, et camellos, et opes magnas, et conversi venerunt Toletum et dicebant hymnum» (número LVII). Ganado el castillo de Aurelia (Oreja) en 1139, dice: «Omnis exercitus, et principes et duces reversi sunt, unusquisque in sua [domo], canentes et laudantes Deum: quia facta est magna victoria in manu pueri sui Aldefonsi Imperatoris» (núm. LXXI). Y al contar el triunfo alcanzado por Munio Alfonso en los campos de Almodovar del Campo (de Tendras) el año 1142, añade: «Corpora Regum iussit Munius Aldefonsus involvi in pannis sericis optimis, et posuit ea in quodam campo viridi, et reliquit cum eis sarracenos, qui custodirent usque inde tollerentur: et conversi in castris, hymnum canebant» (núm. LXXIX). Fácil fuera aducir otros rasgos de esta peregrina costumbre, que tanta influencia debió ejercer en el nacimiento y desarrollo de la

los dos grandes sentimientos que hemos reconocido ya como bases fundamentales de la reconquista, daba la poesía sagrada sus múltiples formas, heredadas de la antigüedad, á la poesía heroica, imprimiéndole al salir al mundo, el mismo carácter que habia ostentado dentro de las misteriosas basílicas asturianas.

Llegaban por esta senda á ser dos veces populares los elementos poéticos, que sobrevivieron á la catástrofe del rey don Rodrigo; y los *cantares bélicos*, que celebraban las proezas de los paladines de la patria, se hacían comunes á clero y pueblo, así como lo eran también los *himnos* que ensalzaban las virtudes de los Santos. Este singular maridaje, que estrechaban grandemente el general y constante peligro de la república y las victorias logradas en su nombre, explicaba y determinaba al par aquella fisonomía especial que ostentan los cantos heroicos en la edad de que tratamos, cuyo sello hemos hallado igualmente en los monumentos de la historia. ¿Ni qué otra cosa podía significar en las poesías latino-populares el no interrumpido recuerdo de las formas y el frecuente uso de la erudición clásica, ajena de todo punto á la muchedumbre, para quien aquellas se escribían?

Semejante fenómeno, visto con absoluta indiferencia, ó más bien no quilatado cual merece, por cuantos han tratado hasta ahora de los orígenes de las letras españolas, debió mostrarles que no habiéndose eclipsado del todo el astro de la antigüedad durante los tiempos medios, hubiera bastado el estudio de aquellos documentos poéticos para resolver numerosas cuestiones, suscitadas por la vanidad ó el capricho, y sostenidas y enmarañadas por la más injustificable indolencia. Y es lo más notable que esta influencia de la literatura clásica, por más lejana que á nuestros ojos aparece, tiene sobrada fuerza, no sólo para comunicar determinado movimiento á los estudios eruditos, según adelante probaremos, sino para dar también singular impulso á la poesía latino-popular en el instante mismo en que se estaban formando las lenguas vulgares y aun largo tiempo después de constituidas.

poesía heroico-vulgar, desde los tiempos primitivos de la reconquista; pero creemos suficientes los alegados para demostración de nuestras observaciones en este punto.

Escaso es desgraciadamente el número de estos monumentos que se han transmitido á nuestros días, causándonos verdadero dolor el que no todos los que poseemos se conserven tales como en aquella apartada edad debieron cantarse ó escribirse. Pero aunque escasas é incompletas, revelan estas poesías, propiamente históricas, los sentimientos abrigados por la nación entera; y ya perpetuando la memoria de grandes proezas, ya consagrando la justa celebridad de predilectos caudillos, parecen destinadas á mostrarnos el sendero recorrido por el arte desde el punto en que saliendo de los monasterios y basílicas, celebra los triunfos de la cruz, hasta que nacida ya la poesía vulgar y logrado su imperio en la muchedumbre, tornan á ser exclusivo patrimonio de los doctos las letras latinas. Compuestos ó escritos estos cantares en el momento de alcanzar una victoria ó de experimentar una desgracia, que afecte de igual modo á grandes y pequeños, cuándo aparecen de uno á otro confin de los dominios cristianos, animados por el movimiento arrebatado de la oda; cuándo aspiran al tono grave y severo de la epopeya; y cuándo repiten finalmente el melancólico lamento de la elegía. Así al bajar á la tumba Borrell III, restaurador de Barcelona [1018], riégala el doloroso llanto de sus pueblos, que pierden en él su protector y padre, y recordadas, como un bien ya perdido, sus virtudes bélicas y su piedad cristiana, se oye por último el acento de las musas, que viene á solemnizar aquel lastimoso cuadro, fecundando con sus patéticas inspiraciones la descarnada relación de la historia. Participando el poeta de la pena que aflige á sus compatriotas, mientras desechando en parte el atavío de las rimas¹, aspiraba á dar á sus versos cierta elegancia, hija sin duda de la imitación clásica, elegancia apreciada aun por los que sólo han visto en estas producciones del arte meras antiguallas², dirigiase á los vasallos del valeroso conde, exclamando:

Ad carmen populi flebile cuncti

¹ Decimos en parte, porque á pesar del empeño que el autor puso en evitarlas, se vió forzado á usar las rimas en algunas estrofas, como puede verse en el núm. XI de la *Ilustración* I.^a

² El erudito cuanto descontentadizo Masdeu, que cediendo al exclusivismo TOMO II.

Aures nunc animo ferte benigno,
Quot pangit meritis vivere laudes
Raimundi proceris patris et almi.

Y celebrada su ilustre prosapia, aclamábale despues padre de todos, añadiendo:

Effulsit fidei luce fidelis
Princeps egregius semper in orbe;
Iustus iudicio, famine verus,
Hosti falsiloquo hic erat acer.
Fultus praesidio numinis alti,
Ducens castra sibi fortia Christi,
Stravit barbariem, fanaque trivit,
Culturaeque Dei templa dicavit.
Gestis praeosuit cuncta potenter,
Sic pulsus tenebris orbe prophanis,
Struxit Christicolis castra salutis:
Barchinona potens, te renovavit.

Terminando el justo elogio de Borrel, en que renueva la gloria de sus mayores, procura el poeta pintar en esta forma el dolor de los pueblos:

Se dant praecipites vulnera cordis;
Pars scindunt facies flebile visu,
Dant luctus variae millia plebis
Et clamore truci sidera pulsant.

Vae tellus tenebris mersa doloris!...
Te liquit patriae gloria fulgens!...

Sero mane pium plange patronem,
Barchinona potens, urbsque Gerunda,
Usque Ausona, simul Urgella tellus,

mo de escuela, nada halló en aquella edad digno de estima, asegura sin embargo, aludiendo á esta composicion, que era tolerable. Sus palabras son: «En el siglo oncenno hubo tambien muchos escritores de epitafios en malos versos: ni sé que floreciese fuera de estos ningun poeta, sino en Barcelona un anónimo, de quien nos queda una poesia tolerable en elogio del conde don Raymundo, hijo de Borello» (tomo XIII, núm. CXXII, pág. 197).

Hinc quadrata fleant climata mundi.

La poesia que en tal manera enaltece á los héroes de la España oriental, regando de amigas lágrimas sus cenizas¹, enardeciase en las comarcas de Leon y Castilla al aspecto de las hazañas de reyes y magnates; y al paso que lloraba tambien sobre sus sepulcros², trasmitia á la posteridad, con el aplauso de las gentes, su respetada memoria. De grande efecto habia sido, cual vá indicado, la conquista de Toledo en la suerte de las armas cristianas, y no pequeña la gloria del monarca que dió cima á tan alta empresa: la magnitud de aquella hazaña, que no daba á los castellanos lugar para temer las innovaciones que en breve intenta y realiza Alfonso VI, halló admiradores en los poetas doctos, quienes juzgaban todavia digno instrumento de los sentimientos populares la lengua latina, perpetuando en la estimacion de las clases elevadas de la sociedad la memoria de aquel envidiado triunfo. Desgracia es en verdad que sólo gocemos un fragmento del poema

¹ El diligente Du Meril, colector de las *Poesies populaires latines* (Paris, 1847), inserta al publicar la *Cancion del Cid*, de que en breve hablaremos, un fragmento de otra poesia elegiaca en honor acaso de Ramon Berenguer IV, á quien la musa latino-popular colmó en vida de elogios. Parece principiar así:

.....
Mentem meam laedit dolor,
Magnus, inquam, comes ille,
Qui destruxit seras mille
Mahumeti coede gentis
Genu nobis iam flectentis:
Sesit Lorcha virum tantum.....
.....

² Uno de los testimonios más notables que pudieran alegarse respecto del ministerio que siguió ejerciendo la poesia en los funerales, es el que dá el obispo don Pelayo en el último número de su Crónica, al narrar la lloradísima muerte de Alfonso VI. Sus palabras son: «Tunc comites et milites nobiles et inobiles, sive et cives, decalvatis capitibus, scisis vestibus, rupta facie mulierum, aspero cinere cum magno gemitu et dolore cordis dabant voces usque ad caelos. Post XX autem dies deduxerunt eum in territorium Ceiae et omnes episcopi atque archiepiscopi, tam ecclesiasticus ordo quam saecularis, sepelierunt praedictum regem in ecclesia Sanctorum Facundi et Primitivi cum laudibus et hymnis.» Véase tambien sobre los entierros durante toda la edad media la nota 5 de la pág. 452 del tomo I, y el cap. XXIII de la II.ª Parte.

latino consagrado á este asunto, donde aun bajo la rudeza de las formas y con el aparato de una difícil nomenclatura geográfica, sorprende la crítica el más vigoroso y patriótico sentimiento. El poeta que al dirigir su voz al debelador de Toledo, exclama:

Aldephonse, tui resonent super astra triumphi,

no era por cierto indigno de que la posteridad conociera sus versos, no menos interesantes como documento histórico, que como documento literario ¹. Mas si no es dado apreciar en todo su valor estos vestigios de un arte, cuya existencia ha sido puesta en duda por los que se precian de eruditos; si únicamente podemos ofrecer hoy al estudio de la crítica un breve fragmento del *Poema de la conquista de Toledo*, compuesto sin duda en el momento de llevarse esta á feliz remate,—más afortunados respecto de aquel héroe popular de Castilla, que mientras Alfonso triunfa de la antigua córte visigoda, realiza en la España oriental las más altas empresas, coronándolas con la portentosa conquista de Valencia ², poseemos, bien que no por completo, un peregrino *Can-*

¹ Hé aquí el fragmento, de que hablamos, conservado por el arzobispo don Rodrigo en su *Chronica Rerum gestarum*, lib. VI, cap. XXII.

○Obsedit secura suum Castella Toletum,
 ¶Castra sibi septena parans, aditumque recludens
 ¶Rupibus, alta licet amploque situ populosa,
 ¶Circumdante Tago rerum virtute referta,
 ○Victu victa carens, invicto se dedit hosti.
 >Huic Medina-Coelim, Talavera, Conimbria plaudat,
 ○Abula, Secobia, Salmantica, Publica Septem,
 >Cauria, Cauca, Colar, Iscar, Medina, Canales,
 ¶Ulmus, et Ulmetum, Magerit, Atentia, Ripa,
 ¶Osoma cum flavio lapidum, Valcranica, Maura,
 >Ascalona, Fita, Consocra, Maqueda, Butracum
 Victori, sine fine, suo modulantur ovantes.
 Aldephonse, tui resonent super astra triumphi.

El arzobispo don Rodrigo guarda silencio sobre el origen de estos versos; pero por la forma de la cita y por la inscripción lateral que conservan, no menos que por lo inusitado de estos documentos en sus historias, nos persuade de que el *Poema* de donde los tomó, era en su tiempo todavía muy familiar entre los eruditos.

² Véase el exámen de la *Gesta Roderici Campidocti*, hecho en el anterior capítulo.

tar, en que se compendia su heroica historia; obra escrita sin duda, como la *Gesta* latina, en los primeros años del siglo XII, y que en sus formas artísticas recordaba vivamente la antigua tradición de los himnos religiosos, cantados en las basílicas españolas por clero y pueblo católicos ¹.

«Sin exceptuar ni aun la crónica de Leon (dice un entendido crítico que publicó esta poesía en 1847) es acaso la más antigua de todas las fuentes [que se refieren al Cid]; y su lengua erudita, menos accesible á las invenciones del pueblo, la sencillez de su estilo, su espíritu genuino y verdaderamente histórico, la constituyen seguramente en uno de los documentos más preciosos que han llegado á los tiempos modernos» ². La tradición que le dá vida, es en efecto tan inmediata á los hechos, como la que sirve de base á la ya citada *Gesta*, con la cual se conforma por extremo, manifestando sin duda que, como ella, precede al *Poema del Cid*, y acaso á la misma *Leyenda*, de que trataremos en los primeros capítulos del siguiente volumen:

¹ Es en efecto digno de tenerse muy presente que abundan en el *Himnario hispano-latino ó visigodo*, de que dimos cuenta en el tomo anterior (capítulo X ó *Ilustraciones*), los himnos escritos en versos sáficos y adónicos. Entre los generales que incluimos en las *Ilustraciones* (núm. III), se hallan hasta cinco, los cuales con mayor ó menor exactitud ofrecen las referidas formas; tales son: *In Sacratione Baseliicae*; *In Aniversario Sacrationis Baseliicae*; *De profectone exercitus*; *De Nubentibus* y *De Infirmis*. La tradición en este, como en todos los puntos que vamos tocando, no puede ser más respetada ni vigorosa.

² Du Meril, *Poesies populaires latines*, pág. 286.—Este erudito declara que el códice donde con otras veintisiete piezas, algunas de ellas poéticas, se contiene la *Cancion* latina del Cid, perteneció al monasterio de Ripoll, siendo tal vez escrito por sus monjes en el siglo XIII. Perteneció á Baluzio, secretario de Pedro de la Marca, y se custodia en la Biblioteca Imperial de Paris con el núm. 5132. Du Meril dió á conocer en el análisis que hace de este Ms., las principales poesías que contiene, tales como el canto de la toma de Jerusalem, que empieza:

Hierusalem, laetare;
 Quare flebas tam amare, etc...;

un himno medio borrado; reglas en verso sobre el horóscopo; á la muerte de un gran capitán, terror de la morisma (véase la nota † de la pág. 211); y un poema de que sólo existen fragmentos.